

más una expedición contra Jamaica, entonces totalmente deprovista. Pero con mucha más vehemencia y con mucho más fuego se explicó el conde de Aranda, de nuevo consultado sobre el asunto. Después de reprobar la cláusula en que se reconocía haber sido *espulsados con violencia* los ingleses, «porque semejante» confesión propia (decía) vigoriza la queja é intento de «que se les satisfaga lisa y llanamente,» «violencia si» que llamaría yo (añadía) á su establecimiento y á las «amenazas que hicieron al gobernador de la Soledad,» «Ruiz Puente, para que abandonase el que legítimamente poseía. Esta violencia debía haberse vociferado, y no graduado nosotros mismos de tal la que no hicimos..... Permítame, señor, V. M. que le haga presente que dos especies menos correspondientes, como confesar el haber procedido con violencia y desaprobar su orden propia, no podían haberse discurrido; contrarias al mismo tiempo para persuadir y aparentar su razón, infructuosas para sacar partido, denigrativas del honor de V. M., é indicantes de una debilidad que se prestaría á cualquiera ley que se le impusiese.....»—Y después de reproducir mucho de lo que aconsejando la guerra había espuesto ya en su dictámen de 13 de setiembre, concluía: «Floten las escuadras inglesas la anchura de los mares; empléense en los convoyes de su comercio; desde luego aquellas padecen y consumen, y las naves mercantiles no pueden frecuentar los viages suel-

tos, que son los que utilizan con la repetición. Vayan armadores á la América; beneficiense totalmente de las presas; interrúmpanse sus importaciones y exportaciones; dure la guerra; aniquíense sus fondos, y comprenden caro el alivio de una paz, renunciando á las prepotencias y ventajas con que actualmente comercian, moderándose igualmente en la vanidad del dominio de las aguas (1).»

Por la guerra estaba también el general O'Reilly, que acababa de llegar de la Habana. Y ya con estos pareceres, ya con la confianza que Grimaldi tenía en que Choiseul haría que los ejércitos franceses se movieran en unión y de acuerdo con los españoles, desplegóse la mayor actividad en el equipo de las escuadras, en la preparación y distribución de las tropas, y otras medidas, que todas anunciaban la proximidad de un rompimiento, y el triunfo del sistema de Aranda. Llegó el caso de mandar el gobierno inglés al caballero Harris que se retirara de Madrid, como lo cumplió, aunque quedándose á corta distancia por motivos personales suyos, y á su vez el príncipe de Masserano recibió órdenes de España para que saliera de Londres, bien que autorizándole á proceder según le indicara Choiseul. Y cuando ya Carlos III. no aguardaba para declarar formalmente la guerra sino la noticia de que Luis XV. estaba pronto á obrar de concierto

(1) Informe del conde de Aranda de 16 de diciembre de 1770.

con él, recibióse en Madrid la de la caída y destierro del ministro Choiseul y su reemplazo por el duque de Aiguillon, obra de la cortesana Dubarry, y á cuya intriga se supuso no haber sido estraña la Inglaterra.

Hé aqui la pintura que el embajador español en París, conde de Fuentes, hacía del estado de aquella córte: «La debilidad é insensibilidad de este soberano ha crecido hasta el mas alto punto, no haciéndole fuerza sino lo que sugiere su *metresa* (sic), ni oyendo á nadie sino á ella, y á los que ella consiente que se acerquen á su persona: ella y los que la rodean piensan bajamente y sin sombra de principios de honor.... Ella es quien ha forzado al rey, despues de seis meses de repugnancia, á nombrar para el ministerio de los Negocios estrangeros á un hombre de tan pérdida, ó al menos de tan dudosa reputacion en el reino como el duque de Eguillon (sic)..... Mad. Du Barry es por fin quien influye generalmente, como dueña absoluta del ánimo del rey, en todos los negocios, y quien influye cada dia más, creciendo como crecerá la indolencia y debilidad del rey, y la insolencia de esta muger..... Ha llegado á tal extremo el abandono del rey, que no falta quien tema que si cae con la edad en el extremo de la devocion, tome el partido de casarse con ella antes que abandonarla, y ya empieza á decirse que el matrimonio con Mr. Du Barry es nulo: he oido con dolor de mi corazon la especie de la posibilidad de este caso escandaloso, y citar el casamiento de mada-

ma de Scarrón con Luis XIV. Antes de pasar adelante creo deber decir á V. E. que aunque hasta ahora no tenemos certidumbre de que los ingleses hayan corrompido con dinero á Mad. Du Barry, hay muy fundadas sospechas de que podrán ejecutarlo siempre que convenga..... Los ministros que hay y habrá en esta córte mientras el rey viva serán elegidos por Mad. Du Barry; lo mismo es de creer suceda con los generales, si por desgracia sobreviene una guerra.... etc.» Y sigue haciendo una detenida descripcion de todos los personages de la córte (1).

Todo, pues, cambió de aspecto con esta novedad. La paz con Inglaterra habia sido la condicion con que el nuevo ministro de Francia habia sido elevado al poder, y Luis XV. anunció á Cárlos III. este cambio en carta escrita de su puño con estas lacónicas y significativas palabras: «*Mi ministro queria la guerra, yo no la quiero* (2).» Pero el monarca francés olvidó en aquel momento que ni él ni su ministro estaban en libertad de querer la paz ó la guerra, cualquiera que fuese su particular opinion ó deseo, sino en obligacion de cumplir la cláusula 12.^a del Pacto de Familia, por la cual al solo requerimiento de una de las partes contratantes estaba la otra en el deber de suministrarle los au-

(1) Despacho del conde de Fuentes al marqués de Grimaldi, en 24 de junio de 1771. Archivo del Ministerio de Estado.—La comunicacion es interesante y sumamente curiosa, pero tan es-

tensa que con sentimiento tenemos que renunciar á insertarla íntegra.

(2) Lord Rochefort á Lord Grantham.

xilios á que se habia comprometido, *sin que bajo pretexto alguno pudiera eludir la mas pronta y perfecta ejecucion del empeño*. Puede fácilmente calcularse la impresion que haría en el ánimo de Carlos III., tan cumplidor de sus compromisos y tan consecuente en sus palabras, semejante declaracion, y tan estraño é injustificable proceder, asi como la sensacion que produciria en el ministro Grimaldi ver de aquella manera burlada su confianza. Era evidente que España ni podia ni debia empeñarse ella sola en una lucha con la Gran Bretaña, y asi la negociacion sobre el asunto de las Maluinas tomó de repente otro rumbo, ó por mejor decir, marchó hacia el desenlace que se habia podido pronosticar de la primera debilidad.

En 22 de enero de 1771 hacia el embajador español en Londres ante el gabinete británico la vergonzosa declaracion, «de que el comandante y los súbditos ingleses de la isla Falkland habian sido lanzados por la fuerza de Puerto-Egmont; que éste acto de violencia habia sido del desagrado de S. M. Católica; que deseando remediar todo lo que pudiera alterar la paz y buena inteligencia entre ambas naciones, S. M. desaprobaba dicha empresa violenta, y se obligaba á dar órdenes prontas y terminantes para que en el citado Puerto-Egmont de la Gran Maluina volvieran las cosas al ser y estado que tenian antes del 10 de junio de 1770, si bien la restitucion de aquel puerto á S. M. Británica no debia ni podia afectar á la cuestion del

derecho anterior de soberanía sobre las islas Maluinas.» Por su parte el rey Jorge III. se dió con esta declaracion por satisfecho, como no podia menos de suceder, de la injuria que habia sufrido su corona. Dadas estas satisfacciones, se suspendieron los armamentos y se licenciaron las tropas por ambas partes. Lord Grantham fué nombrado embajador en Madrid; y Harris, que habia regresado ya á la córte, recibió el carácter de ministro plenipotenciario, en cuyo concepto salió luego de Madrid á dar, dice un historiador de su nacion, muestras de su capacidad diplomática en Berlin, San Petersburgo y la Haya (1).

Tal fué el término y desenlace del ruidoso asunto de las Maluinas. Puerto-Egmont fué restituido á los ingleses, bien que mas tarde le abandonaron por costoso é inútil, no mereciendo ciertamente ser un motivo constante de descontento y disgusto por parte de España. El capitan general Buccarelli, el hombre cuya conducta fué desaprobada por el rey, despues de no haber hecho otra cosa que cumplir sus órdenes, fué nombrado gentil-hombre de cámara con ejercicio, como en desagravio, si este desagravio era posible, de habersele hecho la víctima sacrificada á una mala política. El desenlace de la cuestion no fué popular ni en España ni en Inglaterra, y el convenio estuvo lejos de acallar los celos y resentimientos que ha-

(1) Correspondencia de lord lord Rochefort. Malmesbury, lord Grantham y

cia tiempo existian entre ambas naciones. Francia faltó abiertamente á los compromisos del Pacto de Familia y públicamente se censuraba su conducta; y Grimaldi, el principal autor de aquel pacto, y el mas burlado en este desdichado negocio, fué tambien el que mas padeció en la opinion de los españoles, nunca muy satisfechos de él, ya por sus actos, ya por su calidad de extranjero.

Mas no obstante el mal éxito de este negocio, y á pesar de la impopularidad de Grimaldi, y de sus desavenencias con el conde de Aranda, ya por la diferencia de sus genios y caractéres, ya por su diversa manera de entender y tratar las cuestiones, el marqués de Grimaldi, hombre de voluntad mas flexible y de índole mas acomodaticia que el impetuoso, porfiado é independiente Aranda, supo conservarse mas tiempo en gracia de su soberano, parando aquellas desavenencias en triunfar el ministro de Estado del presidente del Consejo, y en alejarse Aranda de España dejando la presidencia de Castilla y pasando á desempeñar la embajada de París; de cuyo suceso y sus causas solo podemos hablar ahora incidentalmente, y como dato necesario para enlazar los demas acontecimientos esteriore que nos propusimos abarcar en este capítulo, y en que intervino Grimaldi como ministro de Estado.

Manteniase en este puesto y en la confianza del rey, cuando, trascurridos mas de otros dos años, hallóse Carlos III. inesperadamente con una carta del empera-

dor de Marruecos (19 de setiembre, 1773), en que le manifestaba que marroquíes y argelinos estaban acordados en no permitir que hubiese establecimientos cristianos en la costa africana desde Orán á Ceuta, y en su consecuencia estaban resueltos á atacar los que allí tenían los españoles, lo cual entendian que no era contrario á la paz de 1776, no obstante que en el primer artículo de aquel tratado se estipuló que la habria perpetua por mar y tierra entre ambos monarcas. Sobre ser extemporánea é injustificable la amenaza, y fuera de razon la interpretacion que el marroquí queria dar al tratado, pretendiendo que la paz se referia solo á los mares y no á las posesiones españolas del litoral, pasaron los moros á algunos actos de hostilidad contra Ceuta. A tales desacatos no quedaba al monarca español otra contestacion decorosa que dar que una formal declaracion de guerra, y ésta se hizo al año siguiente (1774).

Entre las operaciones que los moros emprendieron fué notable el sitio y ataque de Melilla, dirigido por el mismo emperador, y con asistencia de dos de sus hijos, en cuyo nombre se presentó un bajá delante de la plaza pidiendo arrogante su rendicion (diciembre, 1774). Contestóle con firmeza el mariscal de campo don Juan Sherlock, comandante general de la plaza, y con esto comenzaron los mahometanos á bombardearla, trabajando al propio tiempo con afan sus minadores. A auxiliar la guarnicion de Melilla fué enviado

con una flota el capitán de navío de la real armada don Francisco Hidalgo Cisneros, que en efecto le prestó servicios importantes, obrando desde la ensenada de acuerdo y en combinación con Sherlock. Los certeros tiros de los cristianos iban diezmando el ejército infiel, y obligaron al emperador á retirar á bastante distancia su tienda; y si bien las bombas de los moros (que hasta nueve mil se hace subir el número de las que arrojaron) hicieron también estrago en la guarnición, el sitio se prolongaba sin ventaja mucho más de los cuarenta días en que el africano se había propuesto rendir la plaza. Irritado con tal resistencia, anunció á sus tropas que se prepararan para el 12 de febrero (1775) á un asalto general, que se propuso realizar con la estratagema de enviar por delante cinco mil vacas con ciertas divisas que engañaran á los cristianos, y detrás un cuerpo de mil judíos que sufrieran los primeros los riesgos del ataque. Aun así pareció temeraria la empresa á los gefes musulmanes reunidos la víspera bajo la tienda imperial, y no se realizó.

No fueron de más efecto los ataques intentados también por los berberiscos contra Alhucemas y el Peñón de Velez, oportunamente socorridos ambos puntos por naves españolas á cargo de los gefes Moreno, Riquelme y Barceló. Al fin, convencidos los moros de la inutilidad de sus tentativas, alzaron banderas de paz, presentándose un enviado del emperador al gobernador de Melilla con carta para el ministro de Estado

(marzo, 1775), en que proponía se arreglaran amistosamente aquellas cuestiones entre ambos soberanos, y sintiendo el marroquí que se le acusara de infractor del tratado de paz. Secamente respondió el ministro Grimaldi, que su soberano no admitía avenencia en tanto que no se le dieran las más completas seguridades para lo futuro. Por último se enviaron comisionados de una y otra parte para tratar de la paz, confesóse el emperador africano infractor de ella, y se ratificó de nuevo al tenor de los tratados existentes (4).

La imparcialidad histórica nos obliga á confesar que fué el primero el gobierno español el que quebrantó muy pronto esta última estipulación solemne, proyectando y preparando una expedición considerable contra Argél, bien que con el laudable fin de acabar con los piratas que tenían su principal albergue en aquella plaza, centro de los Estados berberiscos, y también con objeto de vengar los pasados insultos de los moros. Como empresa fácil la pintó un religioso

(4) Suplemento á la Gaceta de Madrid de 24 de enero de 1775. —Gacetas de febrero y marzo. —Suplemento á la de 4 de abril, en que se publicaron la carta del comisionado moro Hamet-Elgatel y la respuesta de Grimaldi. Al final de la suya decía el ministro español: «No volverá S. M. á envainar la espada sin que preceda la completa satisfacción que exigen el decoro de su soberanía y el honor de las armas españolas; y finalmente »que tampoco pudiera jamás el rey dar oídos á proposición alguna sin que previa y formalmente se estableciesen tales seguridades que dejasen afianzadas para siempre al dominio español las estipulaciones sucesivas, »precaviendo en términos solemnes toda infracción ó interpretación arbitraria... — Aránjuez á 31 de marzo de 1775. — B. L. M. de V. su mayor servidor.—El marqués de Grimaldi »—Señor Hamet Elgatel.»

que habia residido allí muchos años; á cargo de Grimaldi corrió el prepararla, y el general O'Reilly se brindó á ejecutarla con veinte mil hombres de desembarco. Veinte y dos mil se le dieron; en el puerto de Cartagena se armó una escuadra de cuarenta y seis buques, entre ellos ocho navíos y otras tantas fragatas; al mando de don Pedro Gonzalez Castejon. Personages de la primera nobleza se incorporaron á aquella expedicion, que parecia ofrecer las mas lisonjeras esperanzas de buen éxito. Zarpó la escuadra el 23 de junio (1775), y el 1.º de julio fondeó en la gran bahía de Argél.

O'Reilly habia cifrado el buen suceso de su empresa en el sigilo de la expedicion y en coger desprevenidos á los moros. Error injustificable, de que debió convencerse al encontrar coronado de campamentos berberiscos el espacio de cinco leguas que média desde la plaza hasta el cabo de Metafuz. Y decimos injustificable, porque lo era fiar el éxito de su plan exclusivamente en el secreto de una expedicion que no podia dejar de ser ruidosa. Asi fué que los moros tuvieron noticias anticipadas de ella por la via de Marsella, y por la de Marruecos, y tiempo sobrado para prevenirse. La prudencia aconsejaba al general español retirarse al ver frustrado su plan de cogerlos desprevenidos; pero O'Reilly, despues de una semana de vacilaciones y perplejidades, resolvió llevar adelante la empresa, y dispuso el desembarco de la primera di-

vision de ocho mil hombres (8 de julio) á legua y media de Argél, entre la plaza y el rio Jarache. Sobre la dificultad inmensa de mover y conducir la artillería por una playa sumamente arenosa, cometieron las tropas españolas la indiscrecion de avanzar á las colinas que cubrian los moros, llenas de matorrales, cortaduras y caseríos. Dejaronlas éstos aproximarse á las faldas, y entonces los unos desde sus parapetos, los otros desembocando por las cortaduras, cargaron sobre los españoles y los arrollaron, haciéndolos retroceder en desórden y con no poca matanza á la orilla del mar. Allí, protegidos por la segunda division de otros ocho mil hombres que acababan de hacer su desembarco, y defendidos por trincheras de arena que de pronto pudieron levantar, resistieron algun tiempo á los enemigos; pero agoviados de cansancio y de calor nuestros soldados, sufriendo de todas partes un fuego horroroso y mortifero, entradas las trincheras por los alárabes, segadas al filo de sus alfanges centenares de cabezas, algunas tan preciosas como la del marqués de la Romana; ambas divisiones se retiraron huyendo de mayor destrozo, del cual solo se libertó la caballería que no habia salido de las naves.

Fortuna fué que los moros se equivocaron, creyendo que las barcas que iban y venian á la playa á recoger los fugitivos y los heridos lo hacian para descargar mas artillería y mas gente; que á haberse apercibido del verdadero objeto, con pocos ginetes que hu-

bieran cruzado sable en mano la playa, orilla del mar por cada lado de la trinchera, habrían completado el estrago, y como dice un escritor, testigo ocular del desastre, «no hubiera quedado sino la memoria de nuestra desgracia (1).» Murieron en la desastrosa jornada sobre mil quinientos hombres, y los buques recogieron cerca de tres mil soldados gravemente heridos. Algunos buques de guerra quedaron en la bahía de Argél para contener los cruceros enemigos; el resto de la escuadra volvió á las costas de España; la mayor parte de los bageles arribaron á Cartagena y Alicante (15 de julio, 1775), siendo ellos mismos los portadores de la noticia de tan funesta derrota (2).

Este infortunio, que recordaba la desastrosa jornada de Carlos V. á Argél en 1541, y las calamidades y estragos de nuestro ejército en aquellas mismas costas africanas, no podía disculparse como aquél con las borrascas y huracanes que hicieron malograr la empresa, ni ahora como entonces la contrariedad inevitable de los elementos podía inspirar ni consuelo ni resignación. Debida fué esta desgracia á una serie de impremeditaciones ó de ligerezas del general que se brindó á ejecutar la expedición. En Madrid y en las provincias produjo la infausta nueva una indignación general contra O'Reilly; y el parte oficial que éste hizo

(1) Fernán Núñez, Compendio, p. II.

(2) Gacetas de Madrid de 48 y de 25 de julio de 1775.—Mer-

curio histórico del mismo año.—Escribiéronse además varias relaciones, y hay un diario de la expedición.

insertar en la *Gaceta*, y en que intentaba atribuir la desventura del suceso al imprudente ardor y fogosidad de oficiales y soldados que no pudieron ser contenidos en el avance á las alturas moriscas, causó tal indignación á los oficiales de todas graduaciones, que para volver por su honor vulnerado, y para probar que no habían hecho sino obedecer á órdenes verbales y escrita de su jefe, emplearon tan fuertes razones y medios, que dejaron al general malparado, confuso y en completo desprestigio (1). Desatáronse contra O'Reilly los escritores de folletos, sátiras, poesías y papeles volantes, y por lo mismo que algunas de ellas no carecían de ingenio y de gracejo, eran otros tantos dardos que destruían la reputación del general, cuyas operaciones se desmenuzaban y ridiculizaban en los tales escritos (2).

(1) Cuéntase que una noche acabó de poner de manifiesto la en el teatro de Alicante, como impopularidad de O'Reilly. por unos que bailara á gritos, (2) El historiador de Carlos III. señor Ferrer del Río, nuestro contemporáneo, manifiesta poseer una colección de los papeles que en este sentido circularon en aquel tiempo. Cita los títulos y hace el extracto del contenido de algunos de ellos, y copia las siguientes estrofas de una y como la alusión era conocida de las letrillas:

Que por fin todo se errase,
Que la función se perdiese,
Que la gente pereciese
Porque Dios lo quiso así,
Eso sí.

Pero querer persuadirnos
En cada error un acierto,
Que no han muerto los que han muerto,
Y que miente quien lo vió,
Eso no.